

# EN PUNTO

coincidir con el reparto de las notas. Huían sobre todo de la familia, de padres despreocupados o de padres absorbentes, de matrimonios divididos. Actualmente, los muchachos huyen de un mundo decadente, lleno de mezquinos y envidiosos. A los adolescentes les empuja a la calle el pánico a hacerse mayores, a llegar a ser como los mayores».

Una chica de quince años, a quien acaban de devolver —provisionalmente— al redil, declara: «Mis padres y su familia y sus amigos vivían como ratas en una covacha. Y querían arrastrarme a mí también. Las comidas eran como un duelo. Dame la sal, échame vino. No sé qué tipo de relaciones amorosas hay entre mis padres, aunque me lo figuro. Se sienten unos desgraciados porque no tienen alfombra en el comedor o porque los vecinos tienen un televisor más grande que el suyo».

Saben lo que quieren y lo que dejan. El objetivo ha cambiado. Sigue el sociólogo: «Ya no les atrae el dinero tanto como antes —prosigue el sociólogo—. Los fuguistas no siguen el

camino de la fortuna tantas veces descrito en la "prensa del corazón", ni tampoco las vacaciones solitarias. Desde que los padres comenzaron a permitir las vacaciones independientes dejaron de tener atractivo las fugas veraniegas». La policía confirma estas conclusiones del sociólogo.

¿Qué es pues lo que impulsa a estos adolescentes? «Una especie de filosofía basada en los principios espontaneidad-creatividad-solidaridad», responden los sociólogos. «Una determinación a rechazar la ética fundamentada en el tiempo-dinero, lo útil-gradable y el trabajo-productividad. En una palabra, un feroz deseo de vivir, no de sobrevivir».

Una madre comentaba acerca de su hijo, un muchacho de diecisiete años que localizó la policía a muchos miles de kilómetros de París, en la ruta del Nirvana: «Lo trastornó el ejemplo de los "beatniks" anglosajones». La clave de esta «huida» de los adolescentes la definió una fugitiva rubia, bastante culta: «No queremos un mundo en el que se cambia la garantía de no morir de hambre por la posibilidad de morir de asco». ■ M. R.

## EL SEXO Y LA URSS (II)

En la Unión Soviética continúa la «revolución sexual» con pasos más tímidos que en Occidente (ver TRIUNFO, núm. 365), pero aparentemente irreversibles. El tema tabú del sexo aparece cada vez con más frecuencia en las publicaciones. El último artículo que se discute es el del filósofo Kolbanovsky, que ataca a médicos y maestros por su fracaso en ayudar a los ciudadanos a comprender los problemas sexuales, lo cual enferma a la sociedad. Propone que se creen «clínicas sexuales» y que se difunda lo más posible la obra de Freud (desde hace tiempo, también, se advierte en la URSS un regreso a Freud, aplas-

tado hasta ahora por un falso esquema nacionalista de lucha con la psicología pavloviana). Kolbanovsky dice que cualquier persona que sufra un dolor de muelas o se rompa una pierna recibirá inmediatamente una adecuada y eficaz ayuda médica, pero que si tiene un problema sexual lo único que encontrará es el consejo de que «tenga paciencia» y que «probablemente todo el problema se irá solo». En toda la Unión Soviética no hay, hasta ahora, más que un Laboratorio de Sexología (fundado en 1966). La lista de espera de pacientes que quieren ser tratados en él es tal que es preciso esperar más de un año antes de ser recibido.

## SAN SEBASTIAN

### A la sombra de una sombra gloriosa



cho imperial», siete... Al margen de Marlene, su fabulosa creación; al margen del hecho de que cada uno de los planos en los que ella aparece sea una declaración de amor —«Todo lo que tenía que decir sobre miss Dietrich lo he dicho con una cámara», ha declarado repetidamente Sternberg—, el cine del autor de «Anathan» tiene en sí mismo una categoría tan excepcional, una modernidad tan absoluta que hace de él uno de esos pocos nombres ante los que no cabe más que la admiración rendida, el homenaje sin reservas. San Sebastián 69 habrá valido la pena, aunque sólo haya sido por depararnos la ocasión de descubrir a unos, de revisar a otros, en copias casi siempre —con la única excepción, hasta ahora, de la de «Underworld»— extraordinarias, diez títulos fundamentales —última que no se haya conseguido —«El embrujo de Shangai»— de uno de los realizadores más geniales y hasta hace poco incomprendidos de la historia del cine. Aunque, con anterioridad, Televisión Española nos había ofrecido ya un excelente ciclo dedicado al mismo, hay que decir que en ningún caso su existencia ha sido un obstáculo para el éxito del presentado en el marco del Festival. Buena prueba de ello es la presencia de un público más que abundante, y en su inmensa mayoría joven, en la sala de proyección, y a una hora, «a priori», tan poco grata como son las diez de la mañana...

Una figura domina, sin duda, esta decimoséptima edición del Festival de San Sebastián, la de Josef von Sternberg. Presidente del Jurado, mientras el viejo maestro pasea su aún arrogante silueta por el marienbadesco paisaje de los alrededores del Victoria Eugenia y el María Cristina, en el cine Miramar se proyecta una retrospectiva dedicada a lo mejor de su obra. Si a Sternberg, hombre, se le nota el paso de los años —tiene setenta y cinco—, a los films no les ha salido ni una arruga. Hay que hacer un auténtico esfuerzo mental para darse cuenta de que por «Los muelles de Nueva York» han pasado más de ocho lustros, por «Capri-

Gracias a Sternberg, también, por una vez el Festival ocupa todas las horas del día de quienes asisten a él para algo más que acudir a cócteles o cenas de gala. Si otros años, por el relativo interés de las retrospectivas —una amputada muestra de cine «underground» el año pasado, una selección de «nuevo cine español» ya co-

